

Las declaraciones del P. Frayssinous sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesús y la existencia de la Congregación fueron el acontecimiento más saliente de la discusión de los presupuestos de 1827 en la Cámara de diputados. Para salir de los apuros en que las interrelaciones sobre la cuestión de los jesuitas ponían al gobierno, éste cerró bruscamente las Cámaras el 6 de julio.

Diez días después, el conde de Montlosier depositó en la escribanía de la real curia de París una *Denuncia* en regla contra la Compañía de Jesús. Después de largas deliberaciones, este tribunal falló que «el estado actual de la legislación se oponía formalmente al restablecimiento de la Compañía llamada de Jesús, cualquiera que fuese la denominación bajo la cual se presentare; que aquella legislación se fundaba en la reconocida incompatibilidad entre los principios profesados por dicha Compañía y la independencia de todo gobierno, principios mucho más incompatibles todavía con la Carta constitucional, que forma hoy el derecho público de los franceses; pero que, resultando de la misma legislación que tocaba á la alta policía del reino el suprimir y prohibir las congregaciones, asociaciones y otros establecimientos análogos formados con desprecio de la ley, el tribunal se declaraba incompetente.»

Esta declaración era evidentemente la condenación más directa que se pudiese pronunciar contra el restablecimiento de los jesuitas en Francia. En el momento en que más vivo era el clamoreo contra el partido clerical, el duque de Burdeos, que acababa de cumplir siete años, pasó de manos de las mujeres que habían cuidado de su infancia, á las del duque Mathieu de

Montmorency, encargado de dirigir su educación. Pero habiendo fallecido éste repentinamente á mediados de marzo, la educación del nieto de Carlos X fué confiada al P. Tharín, obispo de Estrasburgo, el único prelado del reino que osaba presentar á los jesuitas como «llamados por la Providencia á asentar otra vez la monarquía sobre sólidos cimientos,» es decir, á dominarla y dirigirla. Toda la prensa prorrumpió en un grito de alarma y de sorpresa.

El 15 de octubre, día en que se hizo solemne entrega del duque de Burdeos á su preceptor en el castillo de Saint-Cloud, la aplicación del sistema político y de las doctrinas religiosas representadas por el obispo de Estrasburgo causaba serios disturbios en Brest.

El 12 de diciembre, Carlos X abrió, con el ceremonial de costumbre, la legislatura de 1827. En su discurso anunciaba medidas de represión más extensas y más eficaces que las empleadas hasta entonces contra la prensa. Unánimes en sus quejas y en sus protestas contra la libertad de imprenta, los obispos y sus vicarios generales, los simples curas parroquiales y los misioneros, sostenidos y secundados por todo el partido religioso, hacía dos años que reclamaban, contra dicha libertad, una legislación y una penalidad más severas. El día después de la votación del Mensaje, el Sr. de Peyronnet, ministro de la Justicia, daba satisfacción á aquellas reclamaciones presentando á la Cámara de diputados un proyecto de ley que había de ocupar el principal puesto en la legislatura de 1827, y cuya sola lectura suscitó, en gran número de escaños, las protestas más vehementes.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO

Legislatura de 1827.—Proyecto de ley de imprenta. Exposiciones y protestas. Aprobación del proyecto de ley por la Cámara de diputados. La Cámara de los pares es hostil al proyecto de ley de imprenta. El ministro de Justicia lo retira. Fiestas en París y en los departamentos. Licenciamiento de la guardia nacional de París. Inquietud pública. Clausura de las Cámaras. Restablecimiento de la censura.—Muerte de Manuel; su carácter; su entierro.—Viaje de Carlos X á Saint-Omer.—Situación del ministerio. Medidas tomadas por Villèle. Estado de la opinión. Oposición realista y liberal. Chateaubriand. Reales órdenes de 5 de noviembre: disolución de la Cámara de diputados; nombramiento de 76 pares de Francia; supresión de la censura. Efecto producido por estas medidas; listas de coalición; elecciones de París; iluminaciones; trastornos del 19 y 20 de noviembre; barricadas; intervención de la tropa; papel de la policía. Resultado de las elecciones. Noticia de la batalla de Navarino. Carta al duque de Orleans.—Esfuerzos de Villèle para conservar el ministerio; carácter y papel de este ministro. El Sr. de Chabrol encargado de formar un nuevo gabinete.—Caída del ministerio Villèle. Ministerio Martignac; sus primeros actos. Vatismenil nombrado ministro de Instrucción pública. Composición política de la Cámara. Legislatura de 1828. Ley sobre la revisión anual de las listas electorales y del jurado. El *gabinete negro*; su supresión. Ley sobre la libertad de imprenta. Proposición de acusación del ministerio Villèle.—Informe de la comisión encargada de examinar la cuestión de los jesuitas. Decretos del 16 de junio; irritación del partido clerical; protesta de los obispos; misión de Lasagni á Roma; contestación del papa. Informe de la comisión encargada de examinar la demanda de acusación del ministerio Villèle. Discusión de los presupuestos. Instrucción pública. Viaje de Carlos X á Alsacia de ovaciones. Reorganización del Consejo de Estado. Viaje de la duquesa de Berri á Bretaña.—Los jesuitas y los Borbones.

El proyecto de ley de imprenta presentado por Peyronnet á la Cámara de diputados el 29 de diciembre de 1826 equivalía á la supresión de la prensa; con él se arruinaba á varios ramos considerables de la industria nacional y amenazaba tener las consecuencias más peligrosas para el gobierno, pues hacía intervenir en el movimiento político á las clases trabajadoras que hasta entonces habían permanecido ajenas á la lucha activa contra los Borbones. Más de 100.000 familias eran reducidas á la miseria. Doscientos cincuenta impresores y libreros de París, pertenecientes á todos los partidos, dirigieron á la Cámara una exposición en que se demostraban las ruinosas consecuencias que tendría, en caso de ser convertido en ley, el proyecto del ministro de la Justicia. Numerosas industrias amenazadas por aquel acto de venganza y de odio contra los progresos del pensamiento humano imitaron el ejemplo de los impresores y libreros parisienses y recurrieron á las peticiones. La alarma fué tan viva, que las corporaciones científicas y literarias, temiendo ver suspendidas sus publicaciones y paralizados sus trabajos, protestaron á su vez contra el proyecto de ley. La misma Academia francesa, tan dócil siempre á todos los poderes, se creyó obligada á unir su voz á aquel coro de protestas; no solamente se negó Carlos X á recibir á la comisión encargada de exponerle la queja de la docta corporación, sino que tres de los académicos que habían votado el acuerdo, los señores Lacretelle, Villemain y Michaud, fueron destituidos, el primero, del cargo de censor dramático, el segundo, del de maestro de instancias, y el tercero, del de lector del rey. En su ira, el partido clerical no toleraba ninguna contradicción; toda observación se convertía á sus ojos en un acto de rebelión.

La discusión del proyecto de Peyronnet, viva é interesante, duró en la Cámara electiva desde el 14 de febrero hasta el 12 de marzo, día en que fué aprobado el descabellado proyecto de ley. Siete días después, el ministro de la Justicia lo sometió á la Cámara de los pares; pero, el 17 de abril, en vista de que la inmensa mayoría de los individuos de esta Asamblea le eran

hostiles, Peyronnet subió á la tribuna y leyó una real orden retirando el proyecto de ley.

Todos los periódicos de oposición, así realistas como liberales, dieron un inmenso grito de alegría. Todo París celebró el acontecimiento con iluminaciones. Millares de obreros de imprenta, precedidos de banderas blancas, recorrieron las principales calles y plazas en entusiasta manifestación gritando «¡viva el rey!» «¡viva la Cámara de los pares!» «¡viva la libertad de imprenta!» Las demostraciones de júbilo estallaron de diversas maneras en todas las ciudades del reino. La victoria más decisiva sobre el enemigo no hubiera excitado mayor entusiasmo. La súbita desaparición del proyecto de ley de Peyronnet era, ciertamente, un verdadero triunfo para el partido constitucional; salvaba la libertad de discusión, y parecía presagiar, en fin, la caída del ministerio que, desde hacía cinco años, procuraba en vano destruir en cada legislatura algunas de las garantías consagradas por el pacto fundamental. Resueltos á no ver nada de la realidad de los hechos; achacando la oposición formidable que se declaraba contra la marcha del gobierno, no á su política ni á sus actos, sino á la influencia de los periódicos, á la pasión y á las intrigas de sus adversarios, el gobierno disolvió la guardia nacional, cerró las Cámaras y restableció la censura.

Este último acto tenía por principal objeto el poder preparar silenciosamente, sin que se apercibiera la opinión, varias medidas consideradas por los ministros como medios seguros de prolongar su poder. El silencio que la censura creó en torno del gobierno fué absoluto.

Mientras los ministros tomaban sus disposiciones para asegurar el éxito de sus planes, uno de sus adversarios más elocuentes y más enérgicos sucumbía, dejando en las filas del partido liberal un vacío que nadie llenó. El 20 de agosto, Manuel murió en el castillo de Maisons, en casa de su amigo Laffitte, á la edad de cincuenta y dos años. Dedicado desde luego á la abogacía, abandonó su carrera durante la invasión de 1792 para combatir á los invasores. La guerra le condujo

á la mayor parte de los grandes campos de batalla de la Revolución. Cumplidos sus deberes de ciudadano, volvió á ejercer su profesión en Aix, hasta que, durante los *Cien días*, los electores de su ciudad natal (Barcelona) le enviaron á la Cámara de representantes. Elegido diputado en 1818, salió de la Asamblea en 1823, de la manera ruidosa que referimos en su lugar. Era, propiamente hablando, el único improvisador de la Cámara; el único que podía resistir á la fatiga de una larga discusión, cogerla en el momento preciso en que acababa de detenerse, resumirla, recoger y comparar todo lo que se había dicho, deslindar la cuestión de la confusión y de la obscuridad de una larga controversia, precisar sus términos y llegar á una conclusión. Semillante facultad exige una concepción clara y rápida, un espíritu justo y firme, un vigor intelectual inalterable; es señal de fuerza, y constituye, en el seno de las Asambleas, en los momentos de crisis, una incontestable superioridad. El carácter de Manuel no era menos firme ni menos elevado que su inteligencia. La muerte le sorprendió en la pobreza y en medio de estudios y trabajos á quienes pedía nuevas fuerzas y nuevas armas para reanudar la lucha, cuando llegase la ocasión.

Sus restos mortales fueron conducidos al cementerio del Padre Lachaise el día 24 de agosto y su entierro dió lugar á una grandiosa manifestación de duelo popular.

El 3 de septiembre, Carlos X salió del palacio de Saint-Cloud, su residencia de verano, para ir á visitar el campo de maniobras establecido bajo los muros de Saint-Omer. Le acompañaban los ministros del Interior y de la Guerra y un brillante Estado mayor, y pasó por Soissons, Laón, San Quintín, Cambrai, Valenciennes, Douai y Lila. En todas partes se le hizo una recepción entusiasta. En cada pueblo que atravesaba, el clero le recibía con gran pompa en el portal de la iglesia; arcos de triunfo adornaban la entrada y la salida de las poblaciones; las calles estaban enarenadas, las casas ostentaban colgaduras, y el sonido de las campanas se mezclaba con las aclamaciones populares. Llegó el 9 de septiembre al término de su ruta; durante cinco días asistió á las grandes maniobras ejecutadas por 14.000 hombres de infantería y 3.000 de caballería, y favorecidas por un tiempo magnífico. Carlos X regresó á Saint-Cloud después de diez y siete días de ausencia.

El rey y los ministros estaban convencidos de que la libertad de imprenta era el principal obstáculo á la marcha del gobierno; la Cámara electiva consentía en destruir aquel enemigo, pero la Cámara hereditaria quería salvarlo; cambiar la mayoría de esta última Asamblea, gobernar con dos Cámaras animadas de un mismo espíritu, igualmente dóciles al ministerio y resueltas á librar á la monarquía de aquel instrumento de disolución y de revuelta, tal era el resultado que el presidente del consejo quería obtener de una numerosa promoción de pares de Francia y de nuevas elecciones que le asegurasen, en la Cámara electiva, una mayoría, si no más numerosa, al menos más compacta y más firme que la actual. Villèle había de ver todos estos cálculos fallidos.

El gobierno iba á encontrarse, en el terreno electoral, no ya solamente en presencia de la antigua oposición liberal, sino delante de todas las oposiciones y de todos los partidos; pues, exceptuando al clero, no existía un

solo elemento de la sociedad francesa al cual Villèle y sus colegas no hubiesen herido en sus sentimientos ó en sus intereses. La parte más inteligente del antiguo partido realista, que tenía por órgano al *Journal des Débats* y por *leader* á Chateaubriand, constituía el nuevo partido *constitucional realista*; y la oposición liberal, largo tiempo circunscrita á la clase media bajo el nombre de *liberalismo*, evitaba ahora invocar las conquistas políticas de la Revolución, y se apoyaba únicamente en las libertades y los derechos inscritos en la Carta, reivindicando el título de *oposición constitucional*. De este modo la fuerza del antiguo partido liberal resultaba doble.

Toda Francia estaba resuelta á responder energicamente al reto que podía echarle el gabinete, cuando el 5 de noviembre, después de cinco meses y medio de preparación astuta y silenciosa, los ministros publicaron las medidas cuya amenaza permanecía suspendida sobre el país desde el final de la última legislatura. Cuatro reales órdenes fueron publicadas á la vez en el *Monitor*.

La primera pronunciaba la disolución de la Cámara de los diputados, convocaba los colegios electorales de distrito para el 17 de noviembre, los de departamento para el 24, y fijaba la apertura de la nueva Cámara para el 5 de febrero de 1828; la segunda retiraba la censura; la tercera contenía una promoción de *setenta y seis pares de Francia*, y la cuarta nombraba los presidentes de los colegios electorales.

El acto que introducía de pronto setenta y seis miembros nuevos en los escaños de la Cámara hereditaria, y cambiaba de este modo la composición y el espíritu de esta Asamblea, era un verdadero golpe de Estado. La mitad de los pares de nueva creación habían pertenecido á la última Cámara electiva, y casi todos eran congregacionistas. Esto explicaba la acción omnipotente del partido religioso en la formación de la candidatura.

La injuria de esta numerosa promoción, testimonio de un desprecio ofensivo para una de las grandes instituciones del país, borróse, por decirlo así, ante el interés que despertó la renovación de la Cámara de diputados. Publicada en la mañana del 6 por el *Monitor*, reproducida el 7 por los periódicos, la real orden de disolución, al fijar las elecciones para el 17, no dejaba á los electores más que unos pocos días para concertarse. Hacía meses que estaban formadas las listas electorales, pero toda rectificación era materialmente imposible. Los ministros habían contado con que la oposición, de tal modo sorprendida y desconcertada, se encontraría sin candidatos, y que los electores ministeriales, gracias á la fuerza que habían de darles su unión y disciplina, triunfarían fácilmente de adversarios prevenidos. ¡Ardid inútil! Veinticuatro horas después de la convocatoria, los periódicos de la oposición realista y liberal publicaban listas de *coalición*, en las cuales, por primera vez desde el origen del gobierno representativo en Francia, se encontraban reunidos bajo el título común de *candidatos constitucionales* los nombres de los políticos hasta entonces de opiniones más opuestas. La sacudida causada en la masa del país por la brusquedad de las elecciones redundó en perjuicio de Villèle; la especie de emboscada que tendía al cuerpo electoral irritó á la inmensa mayoría de los electores; la cólera venció á las dudas y á los escrúpulos; ol-

vidáronse las antiguas enemistades; una gran corriente de opinión arrastró los espíritus hacia una sola idea, hacia el único fin de derribar un ministerio odiado. En vano la generalidad de los prefectos se esforzaron en renovar las violencias, fraudes y atropellos de 1824; las órdenes y las amenazas no encontraban ya más que cómplices indecisos; la mayor parte de sus agentes, desconcertados por el poder irresistible del sentimiento público, perdían su confianza y la audacia; todos se sentían derrotados antes de haber combatido. En París, los ocho candidatos de oposición fueron elegidos por inmensas mayorías: Benjamín Constant, en el cuarto colegio, obtuvo 1.035 votos, y su contrincante 22. El número total de electores era de unos 8.000; la oposición reunió 6.700 sufragios y el ministerio 1.100. Este resultado sorprendió á los ministros, aunque sin inquietarles; esperaban su triunfo en provincias; las noticias no tardaron en llegar; todas presagiaban la derrota. Pero al mismo tiempo que cada parte anunciaba á Villèle el triunfo de un candidato de oposición, París era teatro de acontecimientos destinados á dejar una huella sangrienta de la caída del ministerio.

La segunda jornada electoral caía en domingo; el orden no se había alterado en ninguna parte. Por la noche, al cundir por la ciudad la noticia de la brillante victoria de la oposición, algunos vecinos de los barrios de San Martín y San Dionisio se apresuraron á iluminar el exterior de sus casas. Los periódicos liberales del día siguiente, 19, anunciaron para la noche una iluminación completa. Los periódicos ministeriales, hablando de la derrota del gabinete, deploraban este resultado, pronosticando los acontecimientos más siniestros. Pasóse el día en la mayor tranquilidad. Por la noche hubo, en efecto, grandes iluminaciones, que hicieron afluir una inmensa muchedumbre de curiosos á dichos barrios de San Dionisio y San Martín. A las nueve y media, apareció de pronto una turba de cincuenta ó sesenta mozalbetes descamisados, que se metieron entre el gentío blandiendo hachas de viento, rompiendo á pedradas los cristales de las casas no iluminadas y dando desaforados gritos de «¡vivan los diputados de la oposición!» «¡viva Napoleón!» «¡viva el emperador!» «¡farolillos!» Algunos de ellos sueltan cohetes contra los caballos y carruajes que la casualidad ha conducido hasta allí. Los caballos retroceden y los coches cierran el paso en varios puntos de aquellas estrechas calles. Otros forman una especie de barricada con las carretillas de los aguadores estacionadas en la plaza de los Inocentes. La imitación se propaga. Varios individuos echan mano de los materiales y andamiajes de un par de casas en demolición, de las cercanías de dicha plaza, y con ellos forman una enorme barricada en la calle Grenetat. Eran las diez, y ni un agente de policía, ni un pelotón de gendarmes se había dejado ver. Por fin, á las diez y cuarto, un destacamento de gendarmería desemboca por la calle de Grenetat. Acogido á pedradas y á los gritos de «¡fuera los gendarmes!» esta tropa recorre rápidamente las calles obstruidas, deshace las barricadas, da salida á los coches y empuja al gentío hacia las calles laterales. A medida que los gendarmes se alejan, los curiosos vuelven y restablecen las barricadas. A cosa de las once y media, nuevos destacamentos de gendarmería penetran en la calle de San

Dionisio por ambos extremos. Los destacamentos partidos de la plaza del Châtelet, compuestos de escasa fuerza, tienen que retroceder ante la pedrea con que los revoltosos les rechazan desde la primera barricada. La tropa partida del bulevar era más numerosa y compuesta de gendarmería de á pie y de á caballo; baja toda la calle, derriba las barricadas en medio de una granizada de piedras y se detiene en el mercado de los Inocentes, donde toma posiciones. Los amotinados reconstruyen otra barricada, la mayor de todas, delante del pasaje del Gran Ciervo, sin la menor oposición de parte de la fuerza pública.

Mientras tanto, la plaza del Châtelet es ocupada por otros destacamentos de la guardia real y de línea, bajo el mando del coronel jefe de Estado mayor Divone, que hace distribuir cartuchos y cargar las armas. Dividiendo su tropa en tres columnas, precedidas de comisarios de policía, dirige la primera contra la barricada del Gran Ciervo, y la segunda contra otra barricada construida cerca de la iglesia de Saint-Leu, que los gendarmes habían deshecho y que los amotinados acababan de reconstruir á presencia de un comisario de policía y de un destacamento de soldados estacionados á poca distancia, sin moverse. La columna encargada de destruir la barricada del Gran Ciervo es recibida á pedradas; su jefe, capitán Bouvier, de buenas á primeras, manda hacer fuego; después de una descarga contra la barricada y las casas inmediatas, los soldados avanzan, encuentran la barricada desierta y la destruyen. La de Saint-Leu todavía ofreció menos resistencia; los soldados se apoderaron de ella sin necesidad de disparar un tiro. Mientras tanto, la gendarmería cargaba á sablazos contra los curiosos que aún circulaban por las calles inmediatas. Pocas horas después eran llevados varios cadáveres á la Morgue y muchos obreros heridos al hospital.

A la noche siguiente vuelven á presentarse grupos sospechosos; dando gritos por las calles de los barrios de San Dionisio y San Martín, pidiendo iluminaciones, y sin dar tiempo para encender farolillos rompen á pedradas los cristales de las casas no iluminadas. Ciérranse las tiendas y se iluminan los pisos superiores. En vano los atropellados piden la protección de la fuerza armada; se les contesta que los soldados no pueden abandonar sus puestos. Entonces detienen por sí mismos á los revoltosos y les llevan á los cuartelillos, donde se les dice que no pueden admitirlos, porque no tienen orden de hacerlo. Un individuo que se hace el borracho ó lo está de veras, vestido de militar, tira el gorro al suelo, gritando «¡viva Napoleón!» «¡viva el emperador!» Pasa un gendarme; le dicen que prenda á aquel borracho, y él contesta que no es cuenta suya.

Mientras tanto, marcha una columna hacia la barricada del Gran Ciervo, y aunque ninguna resistencia se opone á los soldados, éstos no cesan de hacer fuego contra la barricada misma y contra las casas inmediatas. Muchos habitantes son muertos en sus ventanas; varios transeuntes caen en las calles laterales, y la gendarmería, en un radio muy extenso, hiere á una porción de personas.

Por primera vez, desde la jornada de 13 vendimiario, año III, el ruido de descargas de mosquetería sembraba el terror y la consternación en el seno de la capital

de Francia. La emoción fué general, el clamor vivo y ruidoso. Los periódicos de oposición, haciendo resaltar la inacción y la ausencia completas de la policía, acusaban á ésta de haber preparado y fomentado el desorden en interés del ministerio. Los jefes, los guías de aquellas turbas que rompían con furor, no las ventanas de los ricos hoteles del barrio de San Germán, sino los cristales de las tiendas y de las modestas habitaciones de aquellos comerciantes á quienes la prensa ministerial injuriaba acusándoles de haber votado en masa á los diputados de la oposición, ¿quién los hacía obrar?, ¿qué se proponían? ¿Eran desconocidos de la policía aquellos individuos, que podían dar impunemente los gritos más sediciosos á pocos pasos de cuerpos de guardia ocupados por la gendarmería ó por la tropa? «Los crímenes se imputan, decían los periódicos de oposición, á aquellos individuos para quienes son provechosos; el ministerio acaba de ser derrotado en los colegios de distrito; los colegios de departamento se van á reunir; los ministros han esperado sin duda asustar á estos colegios con esa miserable y cruel maquinación y hacérselos suyos por medio del vano espantajo de una tentativa revolucionaria.» La prensa ministerial sacaba á relucir, efectivamente, el espectro de la Revolución á propósito de estos acontecimientos, que presentaba como una impotente tentativa de motín engendrado por las doctrinas anárquicas y por las excitaciones faciosas de sus adversarios. Aquellos tumultos habían causado numerosas víctimas. Presentáronse quejas ante los tribunales contra el Sr. Delavau, prefecto de policía, y contra el Sr. Franchet-Despercy, director general de esta administración; la real curia evacuó la instrucción, y después de tres meses y medio de diligencias, declaró que no había lugar á perseguir á aquellos dos funcionarios.

Los sucesos de 19 y 20 de noviembre habían precedido de cuatro días á las elecciones de los colegios de departamento ó grandes colegios, y no ejercieron influencia alguna en la votación de París; los electores de esta capital nombraron cuatro diputados de oposición. Los miembros de los grandes colegios de provincias no mostraron igual firmeza; asustados por los relatos de los periódicos ministeriales, y viendo en los trastornos de la calle de San Dionisio la señal de una nueva y próxima revolución, se inclinaron en masa hacia el ministerio. Este inesperado socorro no salvaba, sin embargo, al gabinete; la oposición resultaba menos numerosa, pero aún conservaba una mayoría de unos sesenta votos.

Estas elecciones confirmaban los avisos dados en vano á Villèle y á sus amigos por los condes Lanjuinais y Boissy-d'Anglès y por los demás pares antiguos convencionales, cuando, cuatro años atrás, invocaban su experiencia de las Asambleas revolucionarias para rechazar la ley del septenio. «Introduciendo el sistema de renovación íntegra de las Cámaras y de la elección general, en sustitución del sistema de renovación parcial y de la elección fraccionada, decían á los ministros; señalando á la existencia de una Cámara un plazo fijo y fatal, de modo que todos sus miembros ven expirar su mandato el mismo día, sustituis con una violenta conmoción política un movimiento de opinión tranquilo y suave, casi insensible; creáis en el reino una sacudida que puede cambiar bruscamente toda una administra-

ción, todo un sistema político, y derribáis en pocas horas las cosas que se creían más firmemente establecidas; en una palabra, lanzáis la nación y su gobierno á la ventura.» El pronóstico se realizaba; una Cámara abiertamente hostil á la Congregación sucedía á una Asamblea congregacionista; los bancos en que se apiñaban poco antes los amigos de la Compañía de Jesús iban á encontrarse ocupados por los adversarios de los Jesuitas; y, nombrados bajo un enérgico sentimiento de reacción contra el sistema político seguido desde 1822, los nuevos diputados habían de destruir este sistema así como habían de quebrantar á los hombres que durante tanto tiempo habían personificado sus doctrinas.

Dos incidentes marcaron la lucha política en que la administración congregacionista acababa de sucumbir. Fué el primero la noticia de una victoria naval alcanzada sobre los turcos, el 20 de octubre, en la bahía de Navarino, por las flotas combinadas de Francia, Inglaterra y Rusia, victoria que no fué de ninguna ayuda para el ministerio, porque su ruido se perdió en medio del tumulto de la contienda electoral; el segundo incidente sobrevino en lo más encarnizado de la lucha; era la aparición de un escrito titulado *Carta al Señor duque de Orleans* y que contenía este atrevido pasaje:

«¡Vamos, príncipe, un poco de valor! Cambiad vuestras armas ducales con la corona cívica; queda en nuestra monarquía un hermoso puesto que tomar, el puesto que Lafayette ocuparía en una república, el de primer ciudadano de Francia. Vuestro principado no es más que una débil canongía cerca de esa realeza moral. El pueblo francés es un gran niño que no desea más que tener un tutor; sedlo, para que no caiga en malas manos, á fin de que el carro tan mal conducido no vuelque; de nuestra parte hemos hecho todos nuestros esfuerzos; procurad hacer el vuestro, y sostengamos juntos la rueda al borde del precipicio.»

Echada de improviso en medio de la lucha empeñada entre la clase política del país y el jefe de la rama primogénita de los Borbones; dirigida al duque de Orleans, jefe de la rama segundona, para decidirle á desempeñar el papel de tutor de Francia y salvar á la monarquía, este llamamiento, grito profético, causó honda sorpresa en la clase media. El pensamiento de reemplazar una rama borbónica por otra no se le había ocurrido á la burguesía de París; la *Carta al duque de Orleans* era la primera manifestación abierta y pública de este pensamiento; así es que los liberales criticaron el escrito como una imprudencia casi culpable, porque trataba de dar á su oposición un carácter y un fin que no tenía. El duque de Orleans, por su parte, se apresuró á desautorizar calurosamente, cerca de Carlos X, al escrito y al autor, y este último, perseguido ante los tribunales, pagó con una multa de 2.000 francos y quince meses de prisión aquella expresión aislada, puramente personal, de un sentimiento que en aquella época sólo abrigan algunos opositores de alto rango, demasiado escasos en número ó demasiado tímidos para osar concertarse.

Desde el día después de las elecciones, Villèle pareció comprender la necesidad de su retirada. En un artículo en que el *Monitor* publicaba una especie de estadística de la nueva Asamblea, el gabinete, ó, mejor dicho, su presidente, se declaraba vencido. Pero aque-

lla resignación duró poco; rechazando pronto con todas sus fuerzas la perspectiva de su muerte política; agarrándose á todas las ventajas que podía proporcionarle la división de los partidos; tendiendo la mano á los hombres de todas las opiniones, Villèle ofreció el triste y común espectáculo de una ambición que, próxima á caer de la cumbre del poder, propone todas las concesiones, promete todos los sacrificios, ruega, amenaza é implora á fin de evitar la caída. Antes de las elecciones, los órganos del presidente del consejo dividían á los candidatos en *candidatos del rey* y *candidatos de los periódicos*; después de la votación de los colegios de distrito, los primeros pasaron á ser *candidatos del gobierno*, y los segundos *candidatos de la oposición*; terminadas las elecciones, estas denominaciones desaparecieron: los recién elegidos fueron clasificados por los periódicos ministeriales en *diputados realistas* y *diputados liberales*. Estos cambios en las calificaciones dadas por Villèle á sus partidarios y adversarios marcaban las rápidas modificaciones que el resultado de la lucha electoral operó en su espíritu. Entonces, el jefe del gobierno buscó alianzas por todas partes. Dirigióse desde luego á los amigos de La Bourdonnaie, aquellos realistas de la extrema derecha que el presidente del consejo había abandonado largo tiempo á las injurias y á los insultos de sus periódicos; lejos de escucharle, los individuos de esta fracción le contestaron con una amenaza de llevarlo á la barra. Varios diputados independientes se negaron á oír la menor proposición. Villèle acudió entonces á los que le habían sido fieles hasta el fin de la precedente legislatura; pero le abandonaba la fortuna, ellos le volvieron las espaldas; éstos decían que no bastaba una simple modificación ministerial, pues la Cámara, desde la primera sesión echaría abajo toda combinación de que formase parte el presidente del consejo. Se ha dicho que, resuelto á todas las transacciones, Villèle solicitó el apoyo de los liberales, y propuso carteras, en cambio, á varios diputados de la izquierda. Este rumor carecía de fundamento.

En sus proposiciones de acomodo, Villèle no pensaba sino en sí mismo: abandonando á la Congregación y á sus colegas, no pronunciaba el nombre de la sociedad dirigida por el P. Ronsín más que para quejarse de sus intolerables exigencias, y si hablaba de los señores Corbière, Peyronnet, Clermont-Tonnerre y Damás, era para acusar su torpeza, sus faltas ó su incapacidad. Irritados por semejante abandono, éstos no escatimaban los reproches al presidente del consejo. Estas acusaciones recíprocas anunciaban la disolución del gabinete. Durante un mes hubo todavía ministros, pero ya no había ministerio. En fin, rechazado en todas sus tentativas, cansado de combinaciones que abortaban siempre, advertido siempre por el vacío cada día mayor que se hacía en torno de él y por el abandono de una camarilla íntima que, á fin de hacer olvidar el celo que durante mucho tiempo habían desplegado por el ministro, acusaban ahora la obstinada ambición del hombre y su confianza ciega en sí mismo, Villèle se resignó á poner término á una lucha inútil. Pero, resuelto á no caer del todo y queriendo reservarse un medio de volver á la gobernación del Estado, concibió el proyecto de designar él mismo sus sucesores, con el concurso y bajo el nombre del Sr. de Chabrol.

Hacia cinco años que Villèle gobernaba. Espíritu fino, atento, lleno de recursos en el detalle de los negocios, Villèle era más bien un administrador hábil y sagaz, que un hombre político en el sentido elevado de la palabra. Su carrera ministerial fué un continuo sacrificio de sus convicciones á su amor ardiente al poder. Hombre tolerante, se hizo sectario; naturaleza tranquila y moderada, dejóse imponer la violencia y la persecución. Nadie veía mejor que él las faltas á que le arrastraban la obcecación y la pasión de sus amigos políticos. Opuesto á la mayor parte de las medidas que señalaron su administración, advertía la imprudencia ó el peligro de las mismas, amenazaba resistir, y finalmente las adoptaba. Carácter sin fuerza, no tenía tenacidad más que para los intereses de su ambición. Su inteligencia sutil carecía de la firmeza y de la extensión que hacen al hombre de Estado. La situación del partido realista, al principio de su administración y en el momento de su caída, determina su medida como hombre de gobierno: puede decirse que en 1824 toda oposición había desaparecido; Carlos X era popular; el partido monárquico, compacto; el Tesoro, próspero; la administración, fuerte, y los funcionarios, temidos. En 1827, la oposición era más numerosa y más potente que en ninguna otra época; Carlos X, despopularizado; el partido monárquico, dividido; el Tesoro, en déficit; la administración, debilitada, y los funcionarios desconsiderados. Villèle y sus colegas habían gastado todos los resortes del poder dándoles excesiva tensión, y no dejaban á sus sucesores sino armas usadas, que condenaban á éstos á una debilidad que había de perderles. Hubiérase dicho que, enlazando á la Restauración durante cinco años, el partido clerical no había adquirido fuerzas sino á costa del gobierno, y que, en su abrazo fatal, enervante, había en cierto modo agotado su vitalidad.

El 26 de diciembre, los periódicos anunciaron la partida del Sr. de Corbière para la Bretaña. Creyóse que el Sr. de Chabrol había constituido el gabinete que estaba encargado de formar. Sin embargo, el 31, aún se esperaba la lista de los nuevos ministros; decaese que el *Monitor* había de publicarla el día siguiente.

Pero el diario oficial proporcionó una decepción al público, pues no publicó la lista del nuevo ministerio. La irritación de Carlos X contra los realistas cuyos ataques habían contribuido, más que nada, á la caída de Villèle; la persistencia de este príncipe en borrar sus nombres de las listas que le presentaba el Sr. de Chabrol; el cuidado que tenía, por otra parte, el presidente del consejo, de que no se incluyeran en estas listas los candidatos amigos personales del rey, y cuya influencia sobre el monarca podía perjudicar al dominio que sobre él quería ejercer el presidente; en fin, la repugnancia de los hombres políticos cuyo concurso se solicitaba, á desempeñar el papel de contrafiguras de sus antecesores y á recoger la herencia de su impopularidad, tales eran las causas que habían hecho abortar sucesivamente los laboriosos esfuerzos del Sr. de Chabrol para la formación definitiva de un gabinete.

El 2 de enero, este negociador creyó al fin haber llegado á constituir un ministerio cuya composición pudiese satisfacer á la opinión pública, sin contrariar demasiado al rey, que no admitía sombra de desautorización con-